

entonces Reyes palaciegos, como Felipe III y Felipe IV; Reyes claustrales como Felipe y Carlos II. A los pocos pasos del sitio donde se halla colocado en el maravilloso museo nuestro Felipe IV redivivo, esplende la figura inmortal de Carlos V, conservada por el pincel inmortal de Ticiano. Está el Emperador en sus postrimerías; lleva sobre su rostro desencajado el amarillor de la muerte próxima; lo ilumina un crepúsculo rojo semejante al rescoldo de formidable incendio recién apagado; tras la rota de Inspruk y la rebelión del amado Sajonia va camino de Yuste, con la hiel de los desengaños reventándole por los hígados y el yermo y el retiro y la soledad pintándosele ya en los ojos; anhelosísimo por sentir sobre los párpados enrojecidos el eterno sueño que le promete un eterno reposo; mas, contemplado solo, encerrado en una armadura cincelada, sobre la gualdrapa imperial, que parece un cesáreo manto echado en la espalda de su corcel; con inclinar un poco su lanza negra en dirección del horizonte sensible, aunque recuerde, bien un cetro, bien un bastón esta lanza, en el modo de dirigirla con aire de mando y empuñarla con guantelete de acero, se ve que aquel hombre ha peleado con los señores feudales de Oriente á Occidente así por los campos alemanes como por los campos castellanos, y que lleva su poder omnímodo con el natural desahogo con que lleva su nativa divinidad un Dios. Para llevar á la pelea y á la muerte los milicianos de las Tullerías en aquel supremo instante, se necesitaba ó un prestigio heredado que impusiera el cumplimiento de la fría obligación moral, ó un calor de verdadero entusiasmo que inflamara los ánimos. Luis XVI no era héroe, ni era orador. Sus ojos despedían la mirada del ciervo herido, que suscita piadosa compasión y no férvido entusiasmo. Aquellos ojos de cordero moribundo recordaban el *Agnus* litúrgico de los altares, no el heróico inspirador de los combates. Luis XVI nació para lo que fué, para víctima. ¿Dónde buscar en su persona el aire marcial que subyuga un ejército, la voz de trueno que llena con sus cañoneos un amplio campo, la espada requerida en las manos, el ojo fulminante, los labios vibrando amenazas, un pecho de fragua, una respiración de volcán, un reto al enemigo, un desafío al daño, todo aquello constitutivo de un general que aspira formalmente á ser un héroe? De lo alto baja el torrente que riega, de lo alto la centella que fulmina, de lo alto el miasma que diluido en el aire ó el agua produce los miasmas ó epidemias en que todos se contagian, de lo alto la eléctrica nube removiendo é impulsando los nervios á las mayores hazañas. Mas Luis XVI, nacido en lo más alto, sólo sentía propensiones á rodar pacientísimo á lo más bajo. Cuando se necesitaba un *Ajax* tornándose al cielo con la espada erguida, y diciéndole, danos luz y pelearémos contra ti, se presentaba un devoto, un beato, un cordero pacientísimo, exclamando: todo sea por Dios. No conozco un Rey constitucional como Luis; y se había empeñado el cuitadísimo en ser Rey absoluto.

Así, como buen rey constitucional, oyó Luis XVI á sus ministros y se resolvió con patente consejo de los allí reunidos, y bajo su ministerial responsabilidad, á la revista.

Como bajaba de mal grado y sabía por anticipación lo que habría de resultar á la postre, lejos de crecerse para presentarse á los leales. disminuyó en las necesarias disminuciones de una forzosa é impuesta resignación. El rostro, en tal estado de su ánimo, tomó una inexpressión mayor aún que la corriente; sus ojos se apagaron por completo demostrando la noche de su espíritu. Sonreía con bondad, como para dispartar afectos caritativos y extinguir los afectos belicosos. Acostumbrado á las ceremonias de la corte, muy conocidas por lo ridículo de gestos y actitudes en ellas, parecía bailar cuando se necesitaba combatir. Su abatimiento anticipaba ó prometía la derrota. Y sin embargo, el grupo formado por la familia real era conmovedor, como el grupo formado en los campos de Colonna, entre los olivares floridos y los laureles llenos de ruiseñores, por el ciego Edipo y la martir Anigona que describe Sofocles en su inspirada y perfectísima trilogía. Un monarca llevando sobre su cabeza las responsabilidades de los suyos heredadas en veinte consecutivas centurias; una hermosa mujer á su lado, cuyas lágrimas serenaban las tempestades del alma como el agua de una lluvia benéfica descarga las tempestades del cielo, pero que promovía la honda compasión promovida por el horror trágico siempre; una santísima princesa como la princesa Isabel, enseñando en aquella pasión, voluntariamente aceptada como la pasión de Cristo, los afectos más conmovedores del pecho, los afectos de familia; dos niños, colocados junto á las regias personas como esos ángeles puestos en los retablos litúrgicos; las aureolas y los nimbos de una tradición secular apagándose con majestad en las tintas de un ocaso cruentísimo; la humillación desde las mayores altiveces; las ruinas de un altar á cuya sombra nacieran mil generaciones, debían inspirar á las almas tiernas delicados afectos, á las almas piadosas profunda piedad, á las almas poéticas trenos como los de Jeremías, á las almas batalladoras coraje y resolución de una sublimidad heróica. Sobre todo inspiraba y debía inspirar una grande piedad la Reina, exenta, en una parte considerable, de su responsabilidad, pues, no teniendo un marido que la dirigiese á ella, tropezaba con todo, falta del guía propio de su debilidad, destinado á preservarla y defenderla del mal. Así: dotada de un carácter varonil, opuesto á su natural femenino, peleaba más que Luis XVI y en la pelea se atraía muchos mayores enemigos que Luis XVI mismo. Su actitud, sin embargo de tal condición, no era masculina en aquellas horas, mostraba el recogimiento de una verdadera mujer; y en una grande avenencia con su sexo, mantenía junto al valor la conformidad, por el fundado recelo de poner en ridículo al Rey. Las lágrimas de sus ojos la realizaban tanto como el nimbo de su hermosura. El carmin de las ojeras contrastado por la palidez del rostro, decía el dolor de sus entrañas, el dolor de su corazón. Lo que había crecido en aquel minuto providencial era su natura dignidad realzada con grandísimo realce por su trágico infortunio. Así comunicaba electricidad como una máquina muy llena de fluido; inspiraba con sus miradas afectos de profunda y verdadera emoción dinástica; aparecía como una especie de Armida entre los caballeros cruzados



del régimen medioeval; y sobre aquel pavimento pisado por generaciones y generaciones de reyes, entre aquellos blasones puestos en las paredes llenas de timbres regios, bajo las bóvedas pintadas y decoradas que traían á la vista el cielo de las tradiciones históricas; yendo como en una procesión litúrgica; erguida sin jactancia, majestuosa sin soberbia, fuerte sin masculinidad, tierna cuando convenia la ternura, excusaba grandes culpas con la grandeza de su martirio, y desvanecía con las naturales prestancias de su figura y la noble aureola de su maternidad todos los artificios de la corte contrastados por los eternos derechos de la Naturaleza. Así aquella procesión última por las galerías y las salas del Palacio provocando un entusiasmo religioso en los circunstantes, apareció como puesta digna del sol de su grandeza y del prestigio de su historia. Los suizos con sus trajes rojos apareciendo como envueltos en la púrpura imperial que iban á enrojecer aún más con su purpúrea sangre; los caballeros del Espíritu Santo con sus vestiduras azules junto á los trajes rojos; los milicianos de tantas clases, uniformados de vistosos colores; las jóvenes aristocráticas ó petimetres ceñidos con los dijes pintorescos que nos han legado los pinceles de Goya y de David; los cortesanos con sus diversas condecoraciones, las cuales relucían como las últimas estrellas de aquel crepúsculo, donde acababan veinte siglos; todos los presentes, movidos á pesar de sus opuestos orígenes y de sus enemigas categorías, por un mismo ideal, se arrodillaban al paso de Antonieta, le cubrían las manos de besos y de lágrimas, juraban entre ruidosas aclamaciones morir por ella, por su poder y por su honor, apareciendo así al impulso de tamaña manifestación entusiasta, como esas Minervas, á quienes añaden hermosura y delicadeza su casco y lanza, pues en tales términos llegó á electrizarse que, poniéndose la mano sobre su palpitante corazón ó enjugándose los caldeados ojos, arrancó al jefe de su guardia un arma y la puso en manos de su marido, representante de la monarquía, conjurado por su arrojo extraordinario para que se pusiese al frente de todos aquellos y los condujese á todos al combate y al triunfo.

El rey volvió las armas al armado y bajó la cabeza regia so el peso de la fatalidad. Como todos los desengañados habíase vuelto pesimista, y no bastaron á curarle de sus nefastos presentimientos las muestras del palaciego entusiasmo. Así, como viese que la familia real descendía de los apartamentos, acompañándole y siguiéndole, seguro de no hallar fuera la entusiasta y cordial acogida que dentro de Palacio, prohibió le siguieran y le mandó subir á las habitaciones altas, viendo por todas partes con anticipación exacta puños crispados y oyendo groseros insultos que amargasen la miel dejada en los labios de aquellas dos mujeres y aquellos dos niños por la entusiasta manifestación palaciega. El Estado mayor que al rey circuía; el redoble de los tambores que tocaban al paso real; aquella presentación de armas por los soldados; el reverente saludo con sus espadas de los oficiales; innumerables aclamaciones despedidas por los primeros batallones

encontrados al entrar el monarca y su comitiva en los espacios del patio regio confortaron los ánimos y subieron en vapores de júbilo hasta las ventanas, desde cuyos huecos veía la familia real tan interesante desfile. Así la Reina y madame Isabel sollozaron de alegría; y esta grande alegría fué tanto más justificada, cuanto que los cañoneros, uno de los principales cuerpos encontrados por el Rey al paso, procedieran á una como todos sabemos que procedieran y apagaran las mechas para no disparar los cañones en favor de la corte y en contra de la plebe. Naturalmente, la fidelidad de los milicianos paralizaba la infidelidad de los cañoneros. Mas bien pronto cambiaron la escena, escenario, actores, drama. Los batallones de los picados por la revolución, llegan, mientras el Rey revista los leales. Su silencio profundo contrasta con las aclamaciones recientes; su aire torbo con el aire de fidelidad y devoción mostrado por los anteriores camaradas. Como todo centro atrae las moléculas afines, los rebeldes cañoneros se asociaron á los recién venidos, creyéndolos por su aspecto siniestro también rebeldes. Así no les dejaron parar allí los generales palaciegos y les dieron inmediata orden de pasar á las terrazas donde concluía el jardín y al puente levadizo que comunicaba con el espacio llamado Plaza de Luis XV. Al desfilar se burlaron varios milicianos del monarca y respondieron todos á los saludos reales con aclamaciones irreverentes, como el grito de ¡viva la Nación!, para Luis XVI bien desagradable. Revistados los patios, pasaron el monarca y su comitiva seguidamente á recorrer los jardines. La unanimidad reinante arriba, en el palacio; muy quebrantada por abajo ya, en los patios; desaparecía del todo, cuando penetraba el cortejo real por los jardines; la desaparición anunciada con mil prodromos de tumulto, así á la comitiva real como á Roederer. Todo cuanto sobrevenia en aquellas horas angustiosísimas, descontado estaba en el sentir y el pensar de las personas sensatas. Los batallones constitucionales y lafayettistas, extendidos por el comienzo de los jardines, ó sea, por las cercanías y vecindad del Palacio, con arreglo unos á sus convicciones monárquicas y con arreglo á sus convicciones constitucionales otros, aclamaron la persona del Monarca, y le prometieron á una morir por sus privilegios. Pero, muy recelosos de los dos batallones recién llegados, y anhelando la unánimidad más perfecta en el corazón de la gente armada, éstos realistas pidieron al Rey que se fuese hacia los revolucionarios con resolución y les conjurase á defenderle con firmeza. Nunca lo hiciera. El acceder al ruego resultó una temeridad de la indiferencia, mucho más arriesgada en sus movimientos automáticos, que todo el heroísmo en sus movimientos espontáneos. Bien es cierto que algunos de sus leales, precavidos y circunspectos, le mostraron como la cosa más fácil del mundo un topetazo con las picas hambrientas de los republicanos feroces, sierpes azuzadas contra la Monarquía y el Monarca. Y las picas llenaban los espacios vecinos á las riberas del Sena. Por esta razón indudablemente varió el carácter de las acogidas hechas al Rey desde los senos del Patio Real á los senos de las terrazas que se dilataban y extendían por los